

La Diosa olvidada

La diosa olvidada

COMEDIA EN TRES ACTOS,
EN PROSA, ORIGINAL DE

JOSE IGNACIO DE ALBERTI Y JUAN CHACON ENRIQUEZ

Estrenada en el teatro Reina Victoria
la noche del 4 de junio de 1926

IMPRENTA DE L. RUBIO
Calle de las Aguas, 11 duplicado
MADRID

A LA MEMORIA DEL INSIGNE
GRABADOR MADRILEÑO

Daniel Urrabieta Vierge

PERSONAJES

CASILDA	Josefina Díaz de Artigas.
ALBERTO.......	Santiago Artigas.
GUSTAVO	Fernando Fernández de Córdoba.
UNA CRIADA	María Valcárcel.



ACTO PRIMERO

Estudio de grabador en un pabellón de planta rodeado de jardín. Al fondo, sobre un zócalo, alto y de madera, una faja de ventanal con alféizar de gran espesor. A la derecha, hacia el medio, una ventana, con pantalla en ángulo, bajo la cual está colocada la mesa de trabajo de Alberto. Sobre ella, un atril para las planchas de cobre; cubetas, tarros de ácidos y barnices; tampones, buriles, etcétera. Al fondo, cerca del ventanal, una mesa, baja y larga, con el herramental y útiles de repujador. Una puerta a la derecha primer término que da al taller de mordido y tiraje. Puerta en primer término izquierda, con biombo, que da al jardín y que es la de entrada al estudio. A derecha e izquierda, estanterías con libros. Pocos muebles y algunos cuadros; pero unos y otros, antiguos y de valor. Contra la pared, junto a la mesa de Alberto, carpetas de varios tamaños conteniendo grabados. Alguno que otro búcaro con flores y alguna estatuíta clásica. Toda la escena muy ordenada, muy limpia, muy pulida: es un lugar muy agradable y en el que no hay más remedio que trabajar, y trabajar bien, porque se está en él muy a gusto.

La acción comienza en las primeras horas de la tarde. Cuando se alza el telón, la cortina del ventanal está corrida: toda la escena reposa en una media luz igual y tranquila.

ESCENA PRIMERA

CASILDA y después GUSTAVO

(Casilda, sentada a la mesa del fondo, repuja una plancha de plata. Es una mujer de veintisiete años; de pie la cabeza, en toda la compostura y detalles de su tocado, revela una feminidad exquisita; pero la condición que realza su figura, y que se echa de ver en su expresión, en sus palabras y en su continente todo, es la serenidad, la posesión reflexiva de sí misma.
Después de levantarse el telón, hay unos instantes en los que sólo se escucha el tintineo del martillo y troquel sobre la plata. Luego, por la puerta primera de la izquierda, entra GUSTAVO, que queda un momento contemplando a Casilda. Después, avanza, y cuando ya está próximo a ella, habla. Gustavo es un hombre de treinta y cinco años; arrogante, de una elegancia natural; de carácter impulsivo y voluntarioso, soberbio y poseído de sí mismo. En sus palabras, frecuentemente, es brusco, violento, y, a veces, grosero.

GUSTAVO *(Después de contemplar a Casilda, conmovido, con la voz, a pesar suyo, un poco velada, exclama.)* ¡ Casilda !

CASILDA *(Sorprendida, desconcertada por la inesperada presencia de Gustavo.)* ¡ Gustavo !... ¡ Eres tú !...

GUSTAVO *(Se aproxima, tendiéndole la mano. Ella, que aún conserva en las suyas el troquel y el martillo, dominada por la emoción, vacila.)* ¿No quieres darme la mano?

CASILDA *(Venciendo su emoción, se levanta, deja sobre la mesa el martillo, y, franca y leal*

mente, estrecha la mano de Gustavo.) ¿Por qué no?... Perdona... Me ha sorprendido tanto tu presencia...

GUSTAVO *(Algo resentido en su vanidad.)* ¿No la esperabas?

CASILDA ¡Cómo la podía yo esperar!

GUSTAVO Sin embargo...

CASILDA *(Como saliéndole al paso.)* Alberto, no está.

GUSTAVO Ya lo sé. Esta es su hora de clase.

CASILDA ¡Ah!... ¿Te has informado? *(Gustavo se ha separado de Casilda, y desde el centro de la escena, pasea la mirada por el estudio. Casilda, que no sabe qué hacer ni qué decir, por hacer algo, va al fondo y descorre la cortina del ventanal. Se ve un trozo de jardín, en el primer término, luego la playa, y, al fondo, un gran horizonte de mar. El sol cae de lleno y la luminidad del paisaje es de una vibración intensísima.)*

GUSTAVO *(No pudiendo contener su admiración.)* ¡Qué espléndido!... ¿Por qué tienes corrida esa cortina? Yo la tendría siempre así.

CASILDA Hay mucho reflejo.

GUSTAVO Yo trabajo de noche, con luz artificial.

CASILDA Alberto también trabaja de noche. Yo, de noche, no puedo, y, con esta luz, brilla de tal modo la plata, que no se ve. Pero, como se puede compaginar todo, dentro de unas horas, que está eso mucho más bonito y que aquí no hay luz, salimos al jardín. Desde fuera se ve mucho más mar.

GUSTAVO Tienes razón. *(Breve pausa. Gustavo mira hacia el fondo. Parece extasiado en la contemplación del paisaje, pero no es así: reflexiona, busca la manera de abordar la situación, que Casilda, por su parte, ha presentido desde el primer momento, y que, con temor, ve venir de un modo inevitable. Por último, Gustavo deja de mirar ha-*

cia el fondo, y volviéndose a Casilda, exclama con una amargura rencorosa.) ¡Qué mal se arreglan las cosas en la vida!

CASILDA *(Tímidamente.)* ¿Por qué?

GUSTAVO ¡De sobra sabes tú por qué!... ¡Porque te amo, Casilda; porque te he amado siempre, y no dejaré de amarte nunca!

CASILDA *(Con una suplicante reconvención.)* ¡Gustavo!

GUSTAVO *(Entrando resueltamente en la situación que buscaba.)* ¿Por qué no he de decírtelo, si no he venido más que a eso! Nos conocemos bastante, Casilda, y sería ridículo que yo tratara de encubrir con galanterías lo que tú ya sabes y lo que yo ni pretendo, ni puedo ocultar... ¿Por qué hemos de fingir, ni por qué soslayar la situación que tú aguardas desde el instante en que me has visto y que es el único objeto y la única razón de que me encuentre aquí?

CASILDA *(Que una vez planteada abiertamente la situación recobra su serenidad, replica a Gustavo en un tono de cariñoso reproche.)* Yo, que hubiera deseado recibirte con la alegría y con la franqueza que corresponden a la estimación que te tengo, al verte, he sentido una penosa impresión. Has venido a sorprenderme.

GUSTAVO *(Con entera franqueza.)* Sí.

CASILDA Cometes la deslealtad de esperar la ausencia del amigo para entrar en su casa y cortejar a su mujer.

GUSTAVO No quisiste acceder a mis ruegos cuando nos volvimos a encontrar; no quisiste escucharme, y como yo no puedo renunciar a tí, he venido a buscarte. No he sido yo quien ha elegido el sitio: si mi presencia aquí te violenta, pudiste evitarla; debiste comprender que yo no había de renunciar.

CASILDA ¿Por qué no, Gustavo?... ¿Por qué insis-

tir en lo imposible? ¿Por qué te empeñas en destruir una íntima y leal amistad? ¡Si hubieras podido comprendr mi alegría, mi emoción, al volvernos a encontrar después de tanto tiempo!

GUSTAVO Y ¿por qué no quisiste escucharme?

CASILDA *(Con una gran sinceridad.)* Porque, cuando llena de ingenuidad, acudí a tu encuentro, deseosa de felicitarte, en el tono, en la expresión... y hasta en el sentido de tus palabras, adiviné lo necesario para presentir esta situación, que quería evitar a todo trance.

GUSTAVO Hiciste mal. Ni debemos, ni podemos oponernos a nuestro destino. Ya ves cómo todo ha sido inútil, y cómo, al cabo de los años, la vida vuelve a colocarnos frente a frente para reanudar un diálogo que nunca se debió interrumpir, porque nos amábamos.

CASILDA *(Con más resolución y entereza.)* ¡No sigas, Gustavo!... ¿A qué has venido? ¿A que te diga lo que no quisiste comprender en la discreción de mi silencio?... ¿O es que tu vanidad le ha dado otra interpretación, y piensas que, al no acceder a tus ruegos, lo hice por un temor o una desconfianza en mí misma?

GUSTAVO *(Vanidoso.)* ¿Por qué no?

CASILDA *(Con reproche.)* ¡Gustavo!... Me dolería muchísimo verme obligada a contestarte a tono con tu impertinencia... No insistas. *(En tono de reconvención.)* Márchate... Alberto, llegará de un momento a otro; es tu amigo, tu compañero de la niñez, que te quiere como a un hermano... Recuerda que, durante algunos años, nuestra vida fué una, y él conoce nuestras intimidades como nosotros mismos; no me pongas en el trance de tener que rehuir tu presencia.

GUSTAVO No lo harás, Casilda. Y, desde ahora, te

declaro que pienso utilizar todos las circunstancias que acabas de recordarme. He venido para quedarme aquí, para entrar y salir en esta casa como en la mía propia. Me tendrás aquí de huésped, porque no quiero perder ocasión de mirarte y de repetirte que te amo y que no renuncio a mi deseo.

CASILDA ¿Y si yo te prohibo que vuelvas a poner los pies en mi casa?

GUSTAVO No pretendas intimidarme con amenazas inútiles. Tu marido no las consentiría. Dentro de unos instantes estará aquí y no me dejará apartarme de su lado: él me tuvo siempre un gran cariño y yo ejercí sobre él una verdadera sugestión.

CASILDA ¡Qué insensatez!

GUSTAVO Toda la insensatez, la indiscreción, la audacia y hasta la deslealtad del amor. *(Impetuoso.)* ¡Te amo, te quiero para mí, y si mi felicidad—esa felicidad a la que todos tenemos derecho—acarrea la desgracia de otro... dejemos llorar a los niños! La vida es como es y no puede ser de otro modo. ¡Te amo: desde mi juventud, no he querido a ninguna mujer más que a tí, y tú eres mía, por un derecho que nadie puede disputarme: que tú también me has amado, y—¡no lo niegues, Casilda!—tú me amas!

CASILDA *(Con un tono en el que no están definidos sus sentimientos: súplica, rencor, amargura... en el fondo. amor.)* ¡Gustavo! ¡Cómo te atreves a hablarme de ese modo!... Toda mi juventud y mi amor te han pertenecido. Siendo una niña, yo pensaba que si alguna vez había de ser de alguien, sería tuya o de ningún otro... Todo mi entusiasmo ha sido tuyo y lo dejaste, abandonándome cobardemente. cuando tu egoísmo y tu ambición calcularon que mi

insignificancia podría serte un obstáculo. No tuviste ni un latido de generosidad, ni un impulso, ni una palabra de reconocimiento para el viejo a quien todo se lo debías y que te quiso como a un hijo; ni un sentimiento de piedad hacia el corazón que todo te lo había sacrificado.

GUSTAVO ¡No me recuerdes nada! ¡No me hables de lo que pasó! Estás aquí y aún podemos ser felices, porque tú no lo eres!

CASILDA ¡Mientes!

GUSTAVO ¡No lo eres, no! Tu vida es la resignación, como la mía ha sido un desengaño que yo acariciaba dentro de mí mismo para ocultarme el vacío de mi espíritu. Ni mis triunfos, ni mi fortuna, han logrado satisfacer mis deseos. Sin querer, he vivido una vida desordenada, falsa, sin un instante de reposo y de sinceridad. Me he dejado llevar por el halago y por la adulación; pero, cuando a solas, cansado y asqueado de todo, mi imaginación me recordaba lo que fueron las aspiraciones de mi vida, entonces, entonces te veía a mi lado, como si fueras tú mi único fin. *(Decididamente.)* He evenido por tí, Casilda.

CASILDA Márchate, Gustavo.

GUSTAVO No.

CASILDA *(Decidida a salir.)* Entonces, adiós.

GUSTAVO *(Cerrándole el paso.)* ¡No!

CASILDA *(Deteniéndose, serena y con acento de un completo dominio.)* ¿Qué más puedes decirme?

GUSTAVO *(Mirándola fijamente y después de un instante, con acento sombrío.)* ¡Que al amor no le detiene ni le asusta nada!

CASILDA *(Volviéndole la espalda y yendo hacia el fondo.)* ¡Estás loco! *(Gustavo, acaso arrepentido de haber llegado tan lejos, o desconcertado ante la serenidad de Casilda, viene al primer término, dominando su im-*

petuosidad. Una pausa. Casilda corre de nuevo la cortina y se sienta a la mesa, continuando su trabajo. Gustavo da unos pasos por la escena; luego, por esa reacción propia de los temperamentos voluntariosos, una vez que ha desfogado su impetuosidad, cae en el abatimiento. Se sienta y, desde lejos, dice a Casilda, con un tono en el que quiere haber una gran ironía y sólo hay un fondo de amargura.)

GUSTAVO ¡Quién hubiera podido creer que habías de acomodarte con tal arraigo a esta vida!... Ya no recordarás aquel tiempo en que te atraía todo lo rebelde: entonces aspirabas a representar en la vida el papel de la jovencita enamorada de la libertad, que se siente con fuerzas para luchar contra los prejuicios, contra las trabas sociales... ¡Cómo ha variado la situación!... *(Una pausa. Casilda golpea con el troquel y el martillo sobre la lámina de plata. Gustavo se levanta nervioso y termina volviéndose a sentar más cerca de Casilda, que, serenamente, continúa su labor lo mismo que al comienzo del acto y como si nadie la hubiera interrumpido. Por la puerta de la izquierda entra Alberto. Este es un hombre de treinta y nueve años, pero que aparenta tener algunos más. Es hemiplégico y mueve difícilmente la pierna izquierda, que tiene rígida; el brazo del mismo lado le cuelga como inerme a lo largo del cuerpo. A pesar de este defecto físico, la figura de Alberto tiene un aire de arrogancia; es la atracción y el dominio de su fisonomía, gallarda, franca, llena de lealtad e inteligencia. Usa melena y barba enmarañadas; trae derribado hacia la derecha, un sombrero blando que recuerda el chambergo; viste una capa terciada, por bajo de la cual asoma la blusa de taller; se apoya en una*

gruesa cayada. Habla a lo loco, como de un modo irreflexivo y siempre en un tono zumbón. Todo él desborda una franca alegría. Al entrar, apenas ve a Gustavo, lleno de regocijo, va hacia él, se desemboza, dejando caer la capa, y le echa los brazos al cuello.)

ESCENA II

CASILDA, GUSTAVO y ALBERTO

ALBERTO ¡Gustavo!... ¡Chico, tú aquí! ¿Cómo es esto? ¿Qué vientos te han traído a estas playas?... ¡Chico, qué alegría más grande me da el verte!... ¡Y qué bien estás!... No han pasado los años por tí. Claro, la fortuna te ha cogido de la mano y no te suelta... ¡El gran Gustavo!... Cuéntame de tu vida...

GUSTAVO ¿Qué te voy a contar? Lo habrás leído, probablemente, en periódicos y revistas... Que eh trabajado mucho y que he logrado una cosa bastante difícil, como es el darle una nueva expresión a la pintura.

ALBERTO ¡Y tan difícil!

GUSTAVO No tanto como el vencer las resistencias del rutinarismo; del apego a lo ya admitido... Pero tuve constancia, resistencia, voluntad firmísima y no vacilé ni un instante. Ese ha sido mi triunfo, mi verdadero triunfo.

ALBERTO Tu talento, tus condiciones maravillosas, tus dotes extraordinarias de luchador... No lo querrás creer, pero he seguido tu vida paso a paso, y..., ¡lo que yo he gozado con las polémicas suscitadas por tus obras! Leyendo críticas y comentarios, me pare-

cía estar oyéndote, escuchándote; siempre exaltado, violento, renegando de todo y de todos; seguro siempre de tí mismo y despreciando a los demás... Aquí te recordamos a diario, porque la influencia de tus obras trae locos a los muchachos de la escuela... Yo hubiera querido dar una escapada a Madrid, para ver tu Exposición; pero ya que no pude ir, envié a Casilda: no quise privarla a ella también de esa satisfacción. Además, chico, la verdad, yo no veía claro en tu manera, en tu orientación; pero Casilda me ha persuadido: ha visto muy bien tu obra. ¿No te lo ha dicho?

GUSTAVO No ha querido darme esa alegría.

ALBERTO *(A Casilda.)* Has hecho mal. Tan necesaria como la de consolar al triste, es la obra de halagar al vanidoso; tiene, además, la ventaja de que es más fácil. *(A Gustavo.)* Y, ahora, dime; ¿a qué debemos esta alegría?

GUSTAVO Vengo a hablar contigo *(un gesto de extrañeza de Alberto)*, a consultarte.

ALBERTO *(Confuso, dudoso.)* ¿A consultame?

GUSTAVO Sí... Verás... Una casa editorial de Filadelfia, me ha encargado las ilustraciones de una nueva edición de los cuentos de Washington... Como tú sabes, es una obra de la que se han hecho en Inglaterra y en los Estados Unidos, miles de ediciones; algunas lujosísimas e ilustradas por los mejores artistas del mundo. A mí me halaga el que me hayan encargado este trabajo, y como lo pagan extraordinarimente, quisiera hacer una cosa que resultara bien. No me importa perder algún tiempo..., es una cuestión de vanidad profesional; tanto, qce he ido a Granada a estudiar los fondos, a ver los tipos..., pero me preocupa, sobre todo, el procedimiento que he de emplear. Pensando en esto, creo que lo que daría mejor

resultado sería hacerlo al aguafuerte... ¿Qué te parece a tí?

ALBERTO Hombre, el procedimiento es lo de menos; lo importante es acertar en la interpretación. Tú conoces perfectamente tu oficio y de cualquier modo que lo hagas estará bien.

GUSTAVO *(Un poco desconcertado y molesto.)* Estamos al cabo de la calle. Esto quiere decir que me marcharé sin haber abierto el equipaje.

ALBERTO *(Echándole los brazos al cuello.)* ¡Ca, hombre!... Ya que has venido te fastidias y te quedas aquí, porque yo no te suelto... Siéntate ahí. *(Obligándole a sentarse.)* Desde ahora mismo eres nuestro huésped. Te instalas aquí y yo te colocaré una mesa de trabajo al lado de la mía... ¿Qué quieres saber?... ¿El procedimiento?..., ¿todos los secretos del aguafuerte? Eso lo aprendes tú en media hora; y, una vez aprendido, haces aquí el trabajo; aquí grabas, aquí haces las pruebas y de aquí te marchas con todo completamente terminado. Cuando haga falta, que no lo hará, yo te echo una mano... *(Volviéndose de pronto a su mujer que, de pie y silenciosa, ha seguido desde el fondo todo el diálogo.)* ¡Casilda!... Convídanos a una botella de manzanilla... Anda... Tráenos una botella y envía a ver si hay marisco. Esmérate, que es preciso obsequiar a Gustavo... Al gran Gustavo..., al niño mimado... ¡Diez años! Los únicos años de la vida, los años del entusiasmo... ¡Cuántas cosas tan raras han ocurrido desde entonces: todo lo contrario de lo que cada uno pensábamos y de lo que parecía lógico y racional que sucediera!... Es verdad que, de todos los absurdos, el más disparatado es el que solemos llamar lógica. *(Casilda, sin decir palabra, ni expresar va-*

da, sale. Cuando ya va de espaldas, los dos se vuelven para verla marchar y los dos quedan mirando al sitio por donde ha salido. Hay una pausa. Después, con una expresión honda, Alberto exclama.) ¿Qué me dices, Gustavo?... *(Gustavo le mira un momento, luego, apartando la vista, le dice con voz sorda.)*

GUSTAVO ¡Yo, qué te he de decir!... Más bien eres tú quien me debe decir a mí...

ALBERTO Lo que yo te puedo contar..., ya lo estás viendo; y, en el fondo, es obra tuya... *(Mientras habla, coge una silla y se sienta.)* Realmente, debería de haber sucedido lo contrario de lo que ahora mismo sucede: en lugar de venir tú a visitarnos, a Casilda y a mí, yo debiera ser vuestro huésped... Y, bien sabe Dios, que, por mi parte, hice todo lo humanamente posible para que sucediera así... Después de aquella pelotera absurda, y de largarte sin decirnos adiós, ni al maestro, ni a ella, ni a mí..., cuando supe que te habías marchado de España, no descansé hasta saber tu dirección y se la dí para que te escribiera... Insistí muchas veces y le hice toda clase de reflexiones para convencerla; pero todo fué inútil. Entonces, me decidí yo a hacerlo... Debes de recordar mi carta...

GUSTAVO *(Viendo que Alberto aguarda que le conteste.)* Sí.

ALBERTO ¿Por qué no contestaste?... *(Después de aguardar un momento la respuesta, convencido de que no la ha de lograr, continúa.)* Al poco tiempo, ocurrió la catástrofe: ¡murió el maestro!... Murió no dejando más que muchas trampas y una porción de cuadros «de su primera época», muy difíciles de vender a un precio decoroso, y con los que cargaron chamarileros y marchantes de colores... Casilda quedó en una situación

muy triste y muy difícil... Yo no quería de ningún modo abandonar a la hija de aquel pobre viejo, tan bueno, que tanto nos había querido—¡sobre todo a tí!—y al que tanto le debíamos. Una tarde, fuí a verla para que, juntos, tomáramos una determinación, antes que la miseria comenzara a sentirse... Yo había pensado algunas soluciones: pasarle una pensión, por modesta que fuera; enviarla al pueblo con mi madre... Temía que no quisiera aceptar ninguna; pero, apenas abordé el asunto, fué ella quien me planteó a mí el problema. Fundándose en las mismas razones que yo le había dado para que te escribiera, fué Casilda quien me dijo: «¿Quiere usted casarse conmigo, Alberto?»... Yo debí ruborizarme y poner una cara muy cómica, porque, a pesar de lo serio de la situación, Casilda, no pudo contenerse y rompió a reir. Fué la mejor salida: yo la imité y estuvimos riendo un buen rato... Francamente: a mí, que me tenía sin sueño el porvenir de Casilda, y que había cavilado cuantas soluciones se puedan imaginar en caso semejante, jamás se me ocurrió la idea de hacerla mi mujer... El problema que se me planteaba era un poco grave; pero no había más remedio que aceptar la mano que tan francamente se me ofrecía... Quiso la suerte que saliera a oposición la plaza de profesor de grabado de esta escuela, y, liándome la manta a la cabeza, hice mi solicitud, tuve acierto y me dieron la cátedra... (*Bromeando, pero con emoción.*) A los pocos días, una mañana, echamos a andar Cuesta de San Vicente abajo, y, en San Antonio de la Florida, bajo aquella bóveda minúscula, mirando hacia las nubes de aquel cielo artificial e invocando los manes del artífice, un clérigo, más español

que un trabuco, trazó en el aire un arabesco, en virtud del cual Casilda y yo quedamos unidos... *(Hace esto acompañando la acción a la palabra e imitando la bendición. Una pausa breve; es como un aliento. Luego continúa hablando, primero pausadamente, después con animación y volubilidad. Gustavo escucha, pero sin atender a lo que dice Alberto, pensando en otra cosa.)* Tomé posesión de mi cátedra; nos instalamos aquí, como pudimos, y me puse a trabajar con un verdadero entusiasmo. En poco tiempo hice una labor enorme; pero, ¿a quién se le van a ofrecer grabados?... Un día, hojeando unas revistas inglesas, a Casilda se le ocurrió que debía enviar unas pruebas de mis obras a la casa editora. Por complacerla, lo hice. A vuelta de correo recibí el importe de las estampas enviadas y una proposición de contrato. Acepté sin vacilar y... ¡no quieras saber la cantidad de grabados que yo he hecho en diez años! ¡Hay cobre para hacer una locomotora! Me lo han pagado espléndidamente, y... ¡ya ves! Cuando iba yo a soñar tener una casa y un estudio y vivir de la manera que vivimos... Además, este país es delicioso. Yo no puedo trabajar de día, porque el sol no me deja: mientras hay sol estoy persuadido de que la única misión del hombre, es tomarlo... Esa fábula de los países y de los temperamentos superiores, es una farsa grotesca, hurdida por unos desdichados que viven en eterna penumbra y que no conocen la voluptuosidad suprema del sol. Sólo en un país de sol, ha podido idearse esa frase inmortal de «matar el tiempo»: esto es hacerse dueño de la vida. El sol, la mujer y la manzanilla: tres principios tan fundamentales como la tierra, el agua y el aire... *(Gustavo, abstraído en su*

cavilación íntima, no se da cuenta de que Alberto ya no habla. Este, al cabo de un instante, le pregunta con extrañeza.) ¿Qué haces?

GUSTAVO ¡Nada!... Te escucho.

ALBERTO Pues ya te he dicho todo lo que te podía decir. Ahora, habla tú.

GUSTAVO ¡Para qué!... ¡Es tan desagradable remover el pasado!... Lo único que me interesa ahora es lo que te he dicho; esas ilustraciones. ¿Qué me aconsejas tú?

ALBERTO Que empieces esta misma noche a trabajar. A las diez o diez y media, me tienes ahí sentado, cantando y dándole al buril. Hay noches que, de un tirón, me grabo una plancha. A la parte mecánica del procedimiento no hay que concederle valor. En el cobre puedes hacer todas las correcciones y arrepentimientos que te dé la gana; es como el óleo... Mira... antes de irme a la Escuela dejé esta plancha en el ácido; he vuelto y ya has visto que no me he preocupado de ella. *(Ha sacado la plancha de la cubeta y la entrega a Gustavo.)*

GUSTAVO ¿Qué es?

ALBERTO Un entretenimiento. Se me ha ocurrido hacer una estampa clásica... Algo a la manera de La Melancolía, de Durero... Aquí hay un dibujo... Es una cosa que titulo «La diosa olvidada».

GUSTAVO No la conozco.

ALBERTO Leyendo una Historia de Roma, dice que el Emperador Numa mandó edificar un templo a la Fidelidad; es precisamente el único edificio del que no ha quedado ni rastro, ni vestigio alguno, ni memoria. Es una figura completamente olvidada; una matrona con las manos juntas, coronada de olivo y rodeada de sus símbolos: una tórtola, dos manos enlazadas, la cigüeña, el lebrel, un manojo de espigas... atributos

todos ellos de una extraordinaria belleza decorativa... ¿No te parece que es bonita la composición?

GUSTAVO Sí...

ALBERTO Como ves, esto se hace sólo. El gran maestro de este arte fué Goya; y, cuentan, que por la mañana grababa una plancha, la echaba en el ácido, se iba a los toros y, al volver, encontraba el grabado hecho. Te prepararé una mesa, te instalas en ella y a trabajar. Entras y sales cuando te dé la gana, lo mismo de día que de noche; comes con nosotros... y, si te acomodas a esta vida, te quedas, y si te aburres, te vas o haces lo que te parezca. La verja del jardín y la puerta del estudio no se cierran jamás... ¿Pero no nos traen el vino y los mariscos? *(Va al timbre y llama.)*

GUSTAVO Déjalo. Por mí no llames; yo no bebo.

ALBERTO Pero yo sí. Nos pasamos las veinticuatro horas tomando las once. Ya verás: como estés aquí veinte días, sin darte cuenta, te encontrarás cogido por la blandura de este clima y de esta vida y no podrás marcharte en mucho tiempo... *(Entra una muchacha joven, muy morena, muy guapa: vestida con un traje de percal muy claro y muy gracioso. Trae una bandeja con chatos, una botella, sin descorchar y un plato con mariscos. Gustavo, que se ha puesto de pie un momento antes, se sorprende al ver entrar la figura y la sigue con la vista observando toda la gracia de su línea y de su color.)* Pon todo eso aquí... ¿Viene la señorita?

CRIADA No me ha dicho nada.

ALBERTO Pues dile que la aguardamos.

GUSTAVO No, perdona, me voy.

ALBERTO Después de haber tomado una copa. *(Descorcha la botella.)*

GUSTAVO No, yo no bebo. Me voy porque quiero hacer hoy mismo algunas visitas.

ALBERTO ¿A gente del oficio?

GUSTAVO Sí.

AALBERTO Pues aguárdate. Dentro de un instante empezarán a llegar y, antes de una hora, estarán aquí todos. No faltan ningún día. Me llevo muy bien con todos, y diariamente nos reunimos ahí, en la terraza, a tomar unas copas y charlar.

GUSTAVO *(Que lo que quiere es marcharse a todo trance.)* Déjame ir al Hotel un momento y vuelvo.

ALBERTO ¿Palabra?...

GUSTAVO Sí, vuelvo.

ALBERTO Si dentro de media hora no estás aquí, vamos a buscarte. *(Gustavo va hacia la puerta, hasta donde le acompaña Alberto.)* Desde luego, hoy comes con nosotros.

GUSTAVO *(Deteniéndole en la puerta.)* Pero no salgas.

ALBERTO Te acompaño hasta la verja. *(Salen los dos. Una pausa. A poco, vuelve Alberto; viene despacio y con aire de abatimiento, de tristeza. Se sienta al lado del velador, se sirve un vaso de vino, que bebe, y comienza a pelar langostinos y a comer. Pasados unos momentos, entra Casilda. Lentamente llega hasta Alberto y queda de pie a su lado.)* ¿No te sientas?... Prueba los langostinos, que están riquísimos. Dí que traigan más para que los coma Gustavo, que cena con nosotros.

CASILDA ¡Alberto!...

ALBERTO ¿Qué?

CASILDA ¿Sabes a lo que ha venido Gustavo?...

ALBERTO ¡Claro que lo sé!

CASILDA ¡No, no lo sabes!

ALBERTO ¿No lo he de saber?... Ha venido a decirte que hoy te quiere más que te quiso nunca.

CASILDA ¡Sí, a eso ha venido!

ALBERTO No podía venir a otra cosa.

CASILDA *(Suplicante.)* ¡Alberto!

ALBERTO ¿Qué?... ¿Qué me quieres decir? ¿Te asombras de que imaginándome su propósito le invite, le ofrezca el estudio, la casa y le anime a que se instale aquí y viva a nuestro lado?

CASILDA *(Rebelándose, llena de extrañeza y de indignación.)* ¡Es una insensatez, Alberto!

ALBERTO *(Dejando el aire indiferente, con que ha hablado hasta ahora e interrogándola con una frialdad un poco dura.)* ¿Qué dices?... Vaya, no hablemos más de esto, ni queramos darle importancia a una cosa que no la tiene.

CASILDA *(Que sin comprender a su marido pierde cada vez más su aplomo.)* ¿Es que no te importa?

ALBERTO ¡Casilda!... Es extraño que tú, que en todo momento eres la reflexión y la serenidad mismas, pierdas ahora tu discreción... Vamos a ver... ¿Qué quieres? ¿Que me ponga muy serio y le conceda una gravedad extraordinaria al asunto?... Pues ya lo estoy. Pero las situaciones, a medida que son más graves, hay que examinarlas con mayor frialdad y juicio. Dejándonos llevar de la efervescencia y de la impetuosidad del momento, generalmente no se hacen más que tonterías: un ridículo, una brutalidad, o una injusticia; una escena de vaudeville, un crimen de chulo o una fantasía calderoniana. Si yo, perdiendo la razón, hiciera alguna de estas tres cosas, al volver a mi juicio, sentiría tal desprecio de mí que no podría continuar en la vida... Y, ahora, vamos a estudiar la situación que nos plantea la presencia de este hombre, que fué dueño de tu primer amor; que fué también mi camarada, mi condiscípulo en el taller de tu padre; los dos le hemos querido y le admiramos igualmente... Pues, en

concreto, lo que aquí se plantea es una excitación, una exhortación, una invitación al adulterio; pero el adulterio, en el fondo, es un caso de robo: una situación dramática que puede tener dos aspectos. Uno, si sólo se trata del personaje exterior; del ladrón que viene de fuera a asaltar nuestra casa. Para condenar a un ladrón es preciso cogerle in fraganti: no le podemos acusar, ni por sospechas, ni por delaciones interesadas, ni por conjeturas; en cualquiera de estos casos sería él quien se querellara contra nosotros, por calumnia, y nos pondría en ridículo. No nos queda más recurso que aguardar, acecharle; pero, como sería muy triste que sacrificáramos la vida a este acecho, vale más dejarle las puertas abiertas. Entonces, es cuando puede presentársenos el segundo caso: cuando, además del delito realizado por el personaje exterior, que se introduce furtivamente en nuestra casa, concurre la acción de otro personaje interior: la traición, realizada por el que vive dentro del hogar... En este caso, que es el verdaderamente interesante... ¡no sé lo que se debe hacer!... Lo dramático, lo doloroso, sería descubrir la falsedad y la perfidia en ese personaje que era dueño y depositario de toda nuestra confianza. Pero, como un traidor es un enemigo, una de dos: o despreciarle, arrojándole de nuestro techo, donde le dimos cariñosa y amante hospitalidad, o, si por impulso propio ha huído... ¡a enemigo que huye, puente de plata!... ¿Me has comprendido?... ¿Por qué solicitas mi ayuda? ¿Es que desconfías de tí misma?... ¡Si tu corazón le pertenece aún, yo no debo intervenir en vuestro asunto íntimo! Nuestra unión no la hizo ni el entusiasmo ni el enamoramiento; por una conjunción espiritual, como a Ote-

lo y Desdémona, nos unió la desventura y la piedad. ¿Habremos de terminar como ellos? *(Casilda ha permanecido rígida, serena e impenetrable como una esfinge.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

En el estudio. La cortina del fondo está descorrida y abiertas hacia fuera las dos hojas del ventanal. Una luz clara e igual de media tarde baña la estancia; al fondo, en el trozo de mar y en el horizonte, reverberan en violentísimas y calientes tonalidades los rayos de poniente.

Próximo a la puerta, sentado en una butaca y teniendo delante un atril con varias carpetas, GUSTAVO examina estampas antiguas. En primer término izquierda, sentado a su mesa de trabajo, ALBERTO graba y canta alegremente, pero muy desentonado. Ambos, con lo banal de la conversación, a la que fingen concederle un gran interés, pretenden sonsacarse, descubrir las mutuas intenciones.

GUSTAVO — Calla, que lo haces muy mal. Tienes una oreja intolerable.

ALBERTO — Cuando se trabaja, el canto alegra y distrae enormemente.

GUSTAVO — Si lo que tú haces no es cantar.

ALBERTO — Pues yo me oigo muy bien. Como conozco la música, tengo en la cabeza las notas exactas. Es curioso lo que ocurre con la música; no oirás a nadie que desentone más y que cante peor que un músico...

GUSTAVO — *(Enseñándole una estampa que mira desde hace un rato.)* Esto es precioso.

ALBERTO — *(Volviéndose para mirar la estampa.)* ¿Qué es?... ¡Ah! ¡Ya lo creo que es precioso!

Ahí tienes otro procedimiento de grabado, que da unas finuras admirables; sobre todo para estampaciones en color. Es un procedimiento que casi no han usado más que los ingleses. Ellos han sido los maestros de ese arte, que llaman a la manera negra o al *berceau*. Es de una preparación muy larga y de una técnica difícil; pero de un resultado maravilloso, como ves... Si esa prueba fuera antigua, valdría lo menos mil libras esterlinas.

GUSTAVO ¿De veras?

ALBERTO Probablemente más.

GUSTAVO ¿Y por qué sabes que no es antigua? Parece muy vieja.

ALBERTO Pero el papel de la tirada no es de la época del autor. Esa prueba no tiene arriba de cincuenta años, y Smith la grabó a fines del XVIII.

GUSTAVO ¿Pero es posible que un grabado llegue a obtener los precios de un buen óleo?

ALBERTO *(Va a la carpeta que tiene Gustavo delante, busca en ella y saca una estampa.)* Mira. Aquí tienes una prueba de la época... Es una prueba de ensayo de una de las obras maestras del arte francés del XVIII, que es el siglo del grabado. Esta prueba vale una porción de miles de francos.

GUSTAVO *(Estudiando la estampa.)* ¡Y qué bonita es!... ¡Qué gracia, qué picardía; qué bien movidas las figuras, qué bien de color!

ALBERTO Es una de las obras más populares y más características: «La rosa mal defendida», de Débocourt... El grabado es un arte admirable. En cierto modo, el grabado representa, históricamente, la gacetilla satírica de la época, que refleja de un modo perfecto la psicología de cada país. El grabador tiene más parentesco con el literato que con el pintor. La obra del grabador es la que enlaza más íntimamente con el es-

píritu literario de cada país. Fíjate, por ejemplo, que, al tiempo mismo que los grandes grabadores franceses hacen su obra, llena de gracia, de sensualidad y de picaresca galantería, reflejo exacto del ambiente picante y libertino de mediados del XVIII, en España, Goya, graba los Caprichos; acaso la obra más profundamente crítica de toda una época de nuestra historia. Y, fíjate de qué manera más admirable enlaza el espíritu desgarrado, mordaz, trágicamente realista de don Francisco de Goya con el de nuestros genios de la literatura, con Cervantes, con Quevedo, con Salas Barbadillo...

GUSTAVO Me estás hablando en chino; no entiendo una palabra de nada de eso, ni he leído un sólo libro de esos señores; no me interesa nada de lo que pasó.

ALBERTO Yo le tengo una afición enorme.

GUSTAVO Ya lo veo, y así me explico tu manera de ser. ¡Qué lástima! Con tu firma, con tu reputación, si en lugar de vivir aquí vivieras en Londres y tuvieras allí un estudio, lo que aquí te pagan en pesetas porque vives aquí, allí te lo pagarían en libras. Además, todo esto en tus manos y en aquel mercado, valdría una verdadera fortuna. *(Encauzando el diálogo hacia el fin que persigue y fingiendo una gran sinceridad en sus palabras.)* ¿Qué demonios haces aquí?

ALBERTO Ya lo ves: vivir.

GUSTAVO Vegetar.

ALBERTO Y ¿hay nada más agradable?... Yo no tengo ambición ninguna; no creo que haga falta ser rico. El hombre que logra cubrir sus necesidades, aun a costa de algún trabajo, ¿para qué quiere más? Si hubiera tenido hijos, quizá pensara de otro modo.

GUSTAVO ¿Y Casilda?

ALBERTO Casilda... me figuro que piensa como yo. Si ella pensara de manera distinta, yo hubiera tenido también que pensar de otro modo. *(Alberto vuelve a su tarea.)* ¿Cuándo te decides a emprender tu trabajo? No llevas aquí más que tres días y sabes del oficio tanto un profesional... ¿Qué aguardas?

GUSTAVO No lo sé... No tengo ganas de hacer nada. Este ambiente cálido, esta vida blanda, de reposo, de silencio, me aletarga, me da miedo. Además, me es antipática. Detesto este *dolce far niente*, que, para tí, es un síntoma de superioridad.

ALBERTO No es extraño. Tú fuiste siempre como «el hombre de las multitudes».

GUSTAVO Es posible. Lo que te digo, es que no sé cómo se puede trabajar aquí. Yo siento la imposibilidad de hacer algo. Es necesario tener espíritu de cartujo para soportar esta monotonía, esta idéntica continuidad de las horas, de los días, de los años... Este es un mundo aparte, aislado totalmente de la vida actual, de su intranquilidad, de su dinamismo vertiginoso que se traduce dentro de uno en exaltación, en renovación, en un ansia incesante de vida. No me explico cómo se puede vivir resignado en esta voluntaria clausura... ¿Es posible que no hayas tenido nunca el deseo de ver otra cosa? ¿No te ha tentado nunca la curiosidad de conocer la vida?

ALBERTO *(Tras un instante.)* No... ni creo que hace falta. Teniendo libros...

GUSTAVO ¡Los libros!... Ese es el pecado, el eterno pecado del país. Todas las manifestaciones de nuestra producción, hoy como ayer, se resienten de lo mismo: todo está hecho, todo está producido a través de la obra ajena; a través de los libros. No es la producción de hombres que viven y comunican sus

experiencias, sus observaciones, su emoción de la vida: es la obra de hombres que leen y que viven de reflejo la vida de otros; la observación o la especulación de los de fuera. Parece como un sedimento atávico de la vida monacal, que pesa aún sobre la raza. Si al menos este quietismo, este aislamiento tuviera la virtud de producirnos otro Domenico, otro Bermejo, otro Zurbarán... Pero sólo se ha venido a recoger de la vida de fuera la parte negativa; la crítica banal de los papeles diarios, la falsa cotización de valores artísticos, las perturbadoras exposiciones, los marchantes..., todo lo que contribuye a apartar al Arte y al artista de la pureza de su profesión, sin proporcionarle, ni la exaltación íntima del solitario, ni la de ese «hombre de las multitudes» a que antes te has referido.

ALBERTO Todo eso es verdad. Lo conozco, y acaso sea yo el único que vive apartado de esas luchas, no precisamnte por conservar la pureza de mi arte—¡ yo no soy nadie !—, sino porque mi temperamento es así. Si pudiera uno ser consecuente consigo mismo, yo adoptaría, para observarlo religiosamente, un lema que me parece de una suprema aspiración en la vida: «No hacer nada nunca». Si te confesara una cosa no la querrías creer. Hace cinco años, para hacer una reproducción que me habían encargado de la Venus del Espejo, de Velázquez, tuve que ir a Londres. Estuve allí un mes, y lo pasé sentado en un sillón al lado de una chimenea de leña. Me abrumaba, no podía vivir en aquel ambiente. Cada mañana, al abrir la ventana y echar de menos mi sol, me sentía morir; y todo aquel torbellino laberíntico de la gran ciudad me consternaba. Yo no sirvo más que para esto; para lo que hago aquí: ir a la Escuela a enseñar la me-

cánica de mi arte y tenderme al sol como un cocodrilo.

GUSTAVO Continúa existiendo la misma absoluta disparidad en nuestra manera de concebir la vida.

ALBERTO Quiere decir que no hemos variado.

GUSTAVO Debías variar. ¿Por qué no intentas, por qué no procuras irte a Madrid?...

ALBERTO ¿Cómo?

GUSTAVO Aprovecha la ocasión que ahora se te presenta.

ALBERTO ¿Cuál?

GUSTAVO La de la cátedra de la Escuela de San Fernando.

ALBERTO ¿Qué pasa?

GUSTAVO ¿No sabes que ha muerto el profesor de la Academia?

ALBERTO ¿Quién?... ¿Emilio García, ha muerto?

GUSTAVO Creí que lo habrías leído.

ALBERTO No, no he leído nada. ¿Dónde lo dice?

GUSTAVO En uno de estos periódicos.

ALBERTO *(Abandonando el trabajo.)* ¡A ver, a ver!

GUSTAVO No dice nada. *(Ha cogido un periódico y después de buscar, lee.)* «Ayer ha muerto en Madrid, víctima de una afección pulmonar, el profesor de Grabado de la Real Academia de San Fernando, don Emilio García...» Ni una palabra más.

ALBERTO ¡Qué barbaridad! ¡Emilio era un buen artista y un gran maestro! Vivió muchos años en París y hay una infinidad de ediciones de lujo ilustradas por él. Era un grabador clásico; quizá el único que conservaba las tradiciones de la escuela de Dorée y de Jacquemaire; llegó a ser muy popular en Europa, menos entre nosotros... ¡Qué pena! ¡Ya ves qué inútil es todo el afán que se toma uno en la vida! Realmente, si no fuera por la propia satisfacción, no merecería la pena el preocuparse de si una obra está bien o está mal: al fin de cuentas, da

lo mismo una cosa que otra; ganamos igual unos y otros, y, el día de la muerte, todo lo más que se puede esperar es que den la noticia.

GUSTAVO ¿Qué condiciones hacen falta para conseguir esas cátedras?

ALBERTO No sé... Puede que salga a oposición libre y puede que cubran la vacante por concurso entre profesores.

GUSTAVO Entre los cuales estás tú.

ALBERTO Claro que sí.

GUSTAVO Además, en esos concursos, como es corriente, se tendrán en cuenta las medallas, las condecoraciones...

ALBERTO Desde luego...

GUSTAVO Entonces, no hay quien te dispute a tí esa plaza.

ALBERTO *(Sorprendido.)* ¿A mí?

GUSTAVO ¡Claro! Estás en unas condiciones únicas. Tienes dos primeras medallas, una cruz; la medalla de Munich, que da una fuerza enorme, y eres un profesional conocido en el mundo.

ALBERTO ¿Y qué?

GUSTAVO Que debes solicitar la plaza.

ALBERTO Y a mí qué me importa. Vivo yo aquí muy tranquilo y muy a gusto.

GUSTAVO Pero eres un profesor de una Escuela de provincias, donde arrastras una vida completamente estúpida. Si te obligaran a hacer una oposición para la que tuvieras que prepararte e ir a luchar con otros, pendiente siempre de la influencia, la intriga y de toda esa tramoya que envuelve estos asuntos; pero si es una cosa que realmente no hay nadie que pueda discutirte: te pertenece por derecho propio, y entre estar aquí o en Madrid siendo profesor de la Escuela, la cosa no tiene duda. Yo, en tu lugar, mañana mismo salía para allá y me volvía con el nombramiento en el bolsillo.

ALBERTO (*Mira fijamente a Gustavo y después de una pausa, dice.)* Quizá tengas razón.

GUSTAVO Claro que sí. Yo comprendo que le tengas cariño a esto: te ha ido muy bien aquí, vives con cierta independencia; pero es odiosa esta vida de pueblo; indigna de tí, de tu nombre, de tu personalidad. El gran pecado de los españoles que realmente valen es el de no hacerse valer. La gente está siempre dispuesta a regatear méritos, y si es uno el primero que se los niega a sí mismo...

ALBERTO (*Que ha escuchado atenta y fijamente a Gustavo, le dice:)* Sí, es verdad; tienes mucha razón... Yo ya voy estando duro y cansado; el trabajo realmente ya no me distrae; hay que procurar que le distraigan a uno... Creo que has tenido una buena idea; tanto que, casi, casi, estoy pensando salir mañana mismo para Madrid... Sí, si lo he de hacer, cuanto antes... Decididamente, me voy mañana. Tú, ¿qué haces?

GUSTAVO ¿Yo?... No había pensado nada. ¿Por qué lo dices? ¿Es que quieres que te acompañe?

ALBERTO No, por saber.

GUSTAVO Calculo que estarás pocos días. Si es así, aquí te aguardo; si no, si tu estancia tiene que prolongarse, allí nos encont,raremos.

ALBERTO Como quieras... ¿A tí te parece que debo irme mañana mismo?

GUSTAOV Antes de que otros comiencen a intrigar.

ALBERTO Indudable, indudable; debo salir mañana mismo.

ESCENA II

DICHOS y CASILDA

ALBERETO (*A Casilda, que entra.)* ¿A que no sabes lo que acabo de decidir?

CASILDA No sé.

ALBERTO Ha muerto Emilio García, el profesor de la Escuela de San Fernando, y he resuelto solicitar la plaza. Mañana, por la mañana, me largo a Madrid.

CASILDA Saldremos para Madrid... No me irás a dejar aquí sola.

ALBERTO ¿Por qué no?... En Madrid serías una preocupación, un engorro; tendré que estar en la calle de la mañana a la noche, viendo a unos y a otros, y no podría atenderte.

CASILDA Ni falta que me hace. Conozco Madrid perfectamente y no me habría de estar todo el día encerrada en el cuarto del hotel. Ni yo te haré falta a tí ni tú a mí; cada uno marcharemos por nuestro lado y ya nos encontraremos a la noche.

ABERTO O a la mañana, ¿verdad? Porque ya sabes que las tertulias madrileñas suelen terminar de madrugada; y yo voy a eso precisamente: a recorrer tertulias, a renovar las antiguas amistades... No, tú te quedas aquí. Mi excursión no puede durar arriba de cuatro o cinco días... Puede que ni aun eso, porque si al iniciar mi pretensión encuentro el más pequeño obstáculo, renuncio inmediatamente a ella y me vuelvo. Hasta pudiera suceder llegar mañana, irme de la estación al Ministerio, y volverme aquella misma noche. Te quedas... Gustavo, te hará compañía. Verás qué pronto preparo mi equipaje: un par de mudas y lo puesto. *(Sale.)*

ESCENA III

CASILDA y GUSTAVO

CASILDA ¿Has sido tú quien ha sugerido a Alberto la idea de este viaje?

GUSTAVO ¡Naturalmente!

CASILDA ¿Con el propósito de que quedemos solos

aquí tú y yo, o con el de llevarme a Madrid, alejándome de mi casa, *de mi hogar?*

GUSTAVO Justo.

CASILDA ¿ Ypara qué?

GUSTAVO Para no evitar, para no ahorrar medio de decidirte, de precipitarte a que, siguiendo tu inclinación, seas mía.

CASILDA ¿Y si yo me empeño en acompañar a Alberto?

GUSTAVO Me iré con vosotros.

CASILDA Estarás persuadido de que es tu habilidad la que conduce a Alberto, como a un niño, a esta determinación; que eres tú quien le ha puesto el señuelo, al que él acude de un modo inconsciente, obedeciendo tus deseos... No se te ocurre que haya sido él quien ha cogido por los cabellos el pretexto, para desaparecer, para alejarse de su casa: más humano que tú, discretamente, nos deja el campo libre para que ambos, frente a frente, liquidemos totalmente el pasado.

GUSTAVO Alberto no sospecha nada.

CASILDA Tuvo la persuasión de que venías por mí desde el instante en que te vió; cuando yo misma se lo fuí a decir, él me salió al paso, como si te hubiera estado oyendo.

GUSTAVO Entonces... es que sabe, mejor que tú, que no le perteneces.

CASILDA ¡ Es inconcebible hasta qué extremo puede llegar la petulante vanidad de un hombre! *(Resueltamente.)* Gustavo, entre nosotros no puede existir nada, no puede haber nada, ¡ fué demasiado cruel mi desengaño!

GUSTAVO Era mucho más grande tu amor... Confiésame, ¿por qué te casaste con Alberto? Yo no creo nada de lo que él me ha dicho... La situación difícil, el temor a la miseria, su generosidad, tu agradecimiento... Todo ello tiene un sabor de melodrama que me parece hasta ridículo. Hubiera estado muy bien en una jovencita resignada, educada

en la más pura doctrina burguesa, cobarde y desconocedora de la vida; sin medios propios de defensa; en tí, nada de eso era posible. En aquella edad, lejos de asustarte la vida, tenías ansias de libertad, de lucha, de individualidad; tú hubieras sido capaz por tí misma de abrirte paso en la vida; la miseria no te hubiera arredrado porque en tí misma, en tu inteligencia, en tus conocimientos, en tus habilidades, tenías suficientes recursos. Acaso fué tu energía, tu mismo espíritu de emancipación, quienes me decidieron a mí y a quienes debo todo cuanto he hecho. Por eso, justamente, ni un momento, te has apartado de mi memoria y he vuelto resueltamente a tí... Sé franca y dime la verdad... Me quieres, ¿verdad Casilda que aún me quieres? Ahora mismo desearías hallarte a millares de leguas, para huir de esta situación y no verte obligada a confesar que sí, que me quieres, que me has querido siempre, que me querrás... que fué el despecho, la rabia, el odio, quienes te arrojaron en brazos de Alberto. Tú misma me lo acabas de declarar: Alberto me franquea la entrada, me allana el campo, huyé de mí... te entrega, porque sabe que no le perteneces.

CASILDA (*Protestando enérgicamente.*) ¡Ah, no! Eso es una injuria monstruosa...

GUSTAVO Es la pura verdad.

CASILDA ¡No, no!...

GUSTAVO No encuentras ni las palabras para justificarte o defenderte. Tú misma no te atreves a mirar hacia tu corazón, abierto para mí.

CASILDA ¡Márchate, Gustavo!

GUSTAVO Te defiendes de mí, pero de quien no puedes defenderte es de tí misma... Te casaste por despecho, para poner una barrera entre ambos, y has vivido una vida de resigna-

ción... ¿Por qué te cuesta tanto declarar la verdad?... ¿Por qué no te atreves a repetir una sola de las palabras que me dijiste tantas veces y que aún suenan en mis oídos? Recuerdo hasta el tono de voz... Me decías... *(Antes de que Gustavo llegue a pronunciar una sílaba, Casilda viene hacia el primer término izquierda. Gustavo, que no esperaba esta resolución, queda un instante suspenso; pero antes de que ella salga, avanzando unos pasos, le dice:)* ¿Huyes?... ¡Estás vencida!... *(Casilda ha desaparecido. Gustavo, nerviosa y febrilmente, da unos pasos; luego coge el sombrero y sale resueltamente. Una pausa.)*

ESCENA IV

ALBERTO, que llega tras unos instantes.

ALBERTO ¡Huía!... Al aparecer en esa puerta, iba huyendo... seguramente huyendo de él... *(Va hacia el fondo, vacilante, desconcertado.)* ¡Tiemblo!... ¡Todo mi cuerpo tiembla como el de un poseído, dominado de un miedo irresistible!... *(Pausa.)*

CASILDA *(Entrando.)* ¡Alberto!... ¿Cuándo has entrado aquí?

ALBERTO Hace unos instantes.

CASILDA Te he buscado por toda la casa...

ALBERTO ¿Querías algo?

CASILDA Sí. Quería hablarte... terminar de una vez con esta situación... ¿Qué haces, Alberto?... ¡En qué piensas! ¿Adónde me quieres conducir y dónde quieres ir a parar tú mismo!... ¡Necesito una explicación, Alberto; te la ruego, te la suplico, te la exijo!

ALBERTO *(Más serenado, grave y pausadamente.)*

Vienes a pedirme una explicación de mi actitud, porque dices que no la comprendes, y, al hacerlo, empleas un tono que no te conocía; y no es el descubrimiento de este nuevo registro lo que me sorprende, sino el que lo ensayes en mí... Ni en ese tono, ni en esas palabras, ni en esa pretensión, reconozco yo a mi Casilda.

CASILDA ¡No me perturbes más, Alberto!

ALBERTO ¿Perturbarte?... ¡Fíjate bien, Casilda: en el fondo de la perturbación late la duda! El perturbado no ve un solo camino; de la conjunción de sus ojos parten varios senderos que le hacen vacilar, que le mantienen indeciso... ¡Ve con tiento, porque, frecuentemente, el error de los ojos abre las puertas del corazón, y, por corazonada, equivocamos nuestros pasos.

CASILDA Persistes en disfrazar tus pensamientos para desviar la cuestión. Háblame claramente. El otro día—el mismo día de su llegada—has mentido... te has mentido a tí mismo, queriendo aparentar indiferencia. ¿Por qué insistes queriéndome ocultar lo que tan hondamente te preocupa?

ALBERTO Y tú, ¿por qué me lo preguntas, Casilda?... A los dos nos conociste a un tiempo, y, desde niña, te prendaste de él y le quisiste con todo el arrobamiento de una adoración. Eras tan suya, que, hasta en la misma forma de dejarte, sin una palabra de explicación, se manifestaba su dominio: no era desamor, ni desdén, ni abandono; era la seguridad de que podía dejarte, desaparecer, huir de tí en la certeza de que te encontraría cuando él quisiera; de que acudirías a él si te llamaba; de que le aguardarías siempre... Y, ya lo has visto: ha vuelto, te ha buscado, te ha requerido, y... aguarda, aguarda persuadido de que le has de

obedecer, de que le has de seguir y de que yo mismo he de proteger sus deseos.

CASILDA Y, si lo comprendes así, ¿qué haces, Alberto?

ALBERTO ¿Qué quieres?... ¿Que le mate?... ¿Que le arroje de aquí?... ¡Si cualquiera de esas fuera una solución, ya estaría realizada!... Otra vez te lo digo, Casilda: nuestra unión no la hizo ni el entusiasmo, ni el enamomoramiento: un día, sinceramente, de buena fe, guiada por tu generosidad, me ofreciste todo cuanto me podías ofrecer: te ofreciste a mí... Nos casamos y, desde aquel momento, imaginaste que quedaba sepultado el pasado... ¡Yo sabía que no! Tenía el convencimiento, la evidencia de que la situación en que ahora mismo nos hallamos, había de surgir; y la he aguardado... cada día la aguardaba, y cada vez con más temor, porque había de serme más dolorosa.

CASILDA ¿Y no contabas para nada conmigo?

ALBERTO ¡Tan segura estás de tí misma!

CASILDA *(Con expresión de protesta.)* ¡Alberto!

ALBERTO Entonces, ¿a qué viene esa insistencia en pedirme a mí explicaciones?... ¿Es que necesitas juzgar de mi actitud para tomar tu resolución? ¡Yo no te pido a tí ninguna!... Ni vigilo tus pasos; ni te acecho, procurando espiar vuestras escenas; ni te pregunto nada. Le he abierto mis puertas, le he concedido entera confianza, completa libertad, y, cuando me ha hecho comprender que le estorbo y que debo alejarme, preparo inmediatamente mi marcha... *(Pausa. Sincera y hondamente.)* Yo no sé seducir... Como el personaje de la comedia, ni sé cantar, ni bailar, ni sostener agradables conversaciones, ni jugar a juegos ingeniosos... *(Creciendo el calor y la intensidad de la escena.)* No sé más que quererte, con toda la confianza de la fe; de la fe, que es obe-

diencia de la razón; obediencia del corazón, obediencia de los sentidos, y mi razón y mi corazón y mi vida entera, creen en tí. ¿Por qué he de empañar con el recelo, con las acechanzas, con la violencia, la fe que tengo en tí?... Y, si me equivocara, ¿qué es lo que me puede valer, cuando no me haya valido mi fe?... *(Una brevísima pausa.)* Ya te he dado mi explicación, Casilda... ya te he dicho que aguardé siempre este momento y que, a medida que era más grande mi felicidad, más amarga y más desconsolada era mi vida.

CASILDA ¿Por qué?...

ALBERTO ¿Por qué?... El, que te lo habrá dicho, mejor que yo te lo pudiera decir... *(Perdiendo el dominio que hasta ese momento ha manifestado en toda la escena. Desaparece el hombre reflexivo y surge toda la violencia de una pasión reconcentrada.)* ¿No es verdad que te lo ha dicho?... Contesta, porque ya ves que nada puede cogerme de sorpresa: todo cuanto ocurre lo presentía. Te lo ha dicho, ¿verdad?

CASILDA Sí... me lo ha dicho...

ALBERTO *(Atajándola violentamente.)* ¡No, no me lo repitas!... Ya ves cómo no me engañaba. Ya ves cómo mis sufrimientos tenían una razón.

CASILDA *(Protestando.)* ¡No, no es verdad!

ALBERTO ¡Sí, porque te lo ha dicho y ha pretendido despertar en tí otros deseos!... ¡Otros deseis, que ofenden tu nobleza, Casilda, y que me ultrajan más que el mismo pecado, porque yo amo en tí, por encima de todo, tu noble lealtad!...

CASILDA ¡Alberto!...

ALBERTO ¿Has podido sospechar ni un instante que yo toleraba y soportaba pasivamente esta situación, que te he ofrecido a tí, por toda la veneración que te tengo?... ¡Para amar-

te, para adorarte y para defenderte, mi corazón no encuentra lugar dentro de mi pecho; ni peligro, ni audacia, ni hombre que le arredre! *(Reaccionando por un esfuerzo de su voluntad, apartándose de ella y recobrando su dominio.)* ¡No, no quiero excitarme y caer yo también en la situación que siempre he censurado y que me repugna!... Con otra clase de mujer, mi proceder hubiera sido también otro; contigo, no. Tienes capacidad, voluntad y carácter suficientes para gobernante. A tí te toca proceder, resolver por tí misma; yo te aconsejo que atiendas solamente a tí, a tu vida; pero te ruego que tengas el valor de ser franca; y, como la primera condición que requiere la franqueza es la libertad, por eso te la doy y te la daré siempre! Procede tú por tí; en cuanto a mí, yo sé muy bien lo que tengo que hacer. *(Coge la capa, se la echa al desgaire sobre los hombros, cala su chapeo y, apoyándose en su garrote, sale.)*

TELON

ACTO TERCERO

De noche. Las puertas vidrieras del fondo están abiertas; se ve la terraza, el jardín, y al foro, el mar, intensamente iluminados por la luna. La penumbra envuelve los primeros términos.

CASILDA, sentada en la terraza, espera. A poco, por el jardín, llega GUSTAVO. Casilda se levanta inmediatamente, dispuesta a cerrarle el paso e impedir que traspase de nuevo los lindes de su hogar.

CASILDA *(Antes de que Gustavo pueda hablar.)* Te he llamado porque es indispensable que hablemos... que hablemos por última vez.

GUSTAVO Te escucho.

CASILDA Alberto salió de aquí esta tarde y no ha vuelto aún; y, como es la primera vez que esto ocurre y ocurre porque tú has venido a perturbarnos, antes de que realices tu propósito de destruir mi hogar, es preciso poner término a esta obstinación peligrosa.

GUSTAVO *(Displicente.)* Yo no temo a nada, ni a nadie.

CASILDA Yo tampoco, si sólo se tratara de tí o de mí; temo por él, por mi marido.

GUSTAVO A mí no me importa nada tu marido. No vuelvas a nombrármelo.

CASILDA *(Muy tranquila, pero resuelta.)* Es de lo único que puedo yo hablar, porque es lo

único que me interesa; por lo que temo a esta situación que tú nos has creado.

GUSTAVO (*Despectivo.*) Te has vuelto hipócrita; tan hipócrita como él.

CASILDA ¡No sabes lo que dices! Aspero, impulsivo, voluntarioso, hablas como aquel a quien todo se le debe, complaciéndote en ser desagradable.

GUSTAVO (*Con entera sinceridad.*) Tú ya sabes, de siempre, cuánto me ha envanecido el inspirar una profunda antipatía. Nada para mí tan odioso como el *hombre simpático.* A su simpatía van, generalmente, unidos el acomodamiento, la blandura, la correción y demás características del hombre adaptado... (*Gustavo, como volviendo a algo interrumpido, desdeñosamente le pregunta.*) ¿Qué me tenías que decir?

CASILDA Que tu obstinación es intolerable.

GUSTAVO (*Zumbón.*) Ya me lo has dicho... Me lo has repetido varias veces y yo no te he hecho caso... (*Bruscamente.*) Hay un solo medio de resolver esta situación; de resolverla ahora mismo y no volver a pensar en ella. (*Invitándola resueltamente a marchar.*) ¡Vámonos!

CASILDA El que se tiene que marchar eres tú.

GUSTAVO Eso también me lo habías dicho.

CASILDA ¡Qué petulancia más ridícula!... Terminemos de una vez, Gustavo. Insistes, porque crees que el amor de otro tiempo, que nuestro pasado nos liga para siempre; te engañas. Se paga todo en este mundo, y tú pagas ahora tu deserción de ayer, tu abandono, tu egoísmo. Yo tengo hoy otras obligaciones, otros deberes, otro concepto de la vida. No creo en tu pasión, ni mi felicidad está en ella. Mi felicidad está aquí: en este apacible acomodamiento que tu vanidad ridiculiza. «Vale más el hueco de la mano lleno de reposo, que dos puñados de violencia.» Y yo

soy feliz en mi reposo. Mi deber, mi lealtad, mi fidelidad me satisfacen más que tu pasión... Yo soy una mujer casada; y esta razón, que no puede ser más vulgar, más desacreditada si tú quieres, es, sin embargo, la más poderosa... Pero tú desconoces todo esto; piensas únicamente en tí, y atiendes tan sólo a tus deseos. El sabe amar mejor que tú; sí, ahora mismo me viera huir de tu brazo, no pronunciaría una palabra y sacrificaría su felicidad y su vida a la mía... Sería una infamia traicionarle... ¿Qué haces aquí? ¿Por qué me he dignado escucharte? ¿Por qué te doy una explicación?...

GUSTAVO (*Irónico.*) ¡Muchas explicaciones... Pero las conocía todas ellas. Al venir aquí sabía que eras una mujer casada, conocía a tu marido, y... he oído repetir muchas veces las razones de prosa doméstica que acabas de invocar... Es el miedo a la vida... Todo el mundo teme asociarse a lo desconocido; y, por ese miedo, nos limitamos, nos normalizamos, nos resignamos y hacemos de la vida, que debiera ser un continuo accidente, un sendero estrecho y sin tropiezos. Y, cada día, nos empobrecemos, nos aniquilamos más y más, porque cada día somos más cobardes... Cada época pone en boga una palabra que la califica y que se repite como una dominante en todos los órdenes del discurso. Hay una continua apelación a ella; a cada momento se la invoca; con ella se califica, a modo de galardón y la vida entera parece amoldarse a su norma: vivimos una época de *ecuanimidad*. Todo el mundo es discreto, comedido, prudente... ¡Hasta la mujer, para dar señales de cordura, en estos tiempos en que aboga por una ridícula independencia, se ha hecho razonadora y la pasión le asusta! Son tan críticos los momentos de la vida actual, que

hay que saber administrarlo todo, hasta el corazón.

CASILDA ¡Tu porfía será inútil!

GUSTAVO ¡Lo sé; y si pudieras darte cuenta de mi rabia desesperada! El amor puede estrellarse contra el desamor, contra la repulsión, contra el odio; pero es vergonzoso, es ridículo resignarse, humillarse, agachar la cabeza ante una imponderada virtud... Sí, es verdad, yo no tengo derecho a destruir la pasividad de tu vida; a deshacer tu hogar, a echar por tierra todas tus bondades, obligándote a quebrantar la confianza puesta en tí; a traicionar a ese pobre marido..., no, no tengo ningún derecho. Pero, lo verdaderamente amargo, es que, al separarme de tí, lo hago con el convencimiento del fracaso de nuestra vida... Te juró por el recuerdo de nuestra juventud y de nuestro amor, que no insistiré ni un momento. Te amo más que nunca, Casilda; ten la franqueza de decírmelo: tú me amas también.

CASILDA Sí.

GUSTAVO ¡Y has mentido, y quieres renegar de tu amor, y pretendes que te abandone! ¡Era esta la confesión que yo quería arrancarte!

CASILDA ¿Para qué?... Si no te amara, ¿qué me importaban tu presencia y tus requerimientos?... ¿Por qué nos habíamos de hablar agresivamente, debatiéndonos como dos enemigos y mintiendo en cada palabra, para disfrazar con razones los sentimientos más profundos?... Te amo; te he amado siempre. Tu amor ha vivido en el fondo de mi corazón igual que el primer día; y, al volvernos a ver ahora, sentí el desfallecimiento de todo mi ser, de toda mi alma, porque comprendí que irremisiblemente tendría que ser tuya; que toda defensa sería inútil... Pero su actitud ¡que yo no comprendí en el primer momento!—ha podido más que

tus palabras, que tu pasión y que mi amor mismo, porque me ha hecho pensar; me ha obligado a reflexionar y he visto, he comprendido que ni debo, ni puedo cometer esa traición... Desde que nos unimos, llena de gratitud, sepulté, abandoné enteramente mi corazón para atender al suyo; y, hoy su voluntad, su entusiasmo, su felicidad..., toda su existencia es obra mía, a la que él corresponde con una verdadera adoración... ¿Qué sería de él sin mí?... ¿Dónde iría si yo le faltara? Tardaría en morir el tiempo que tardara en persuadirse de mi abandono... ¿Podríamos nosotros vivir entonces?... ¡No, no! Mi resolución es inquebrantable: el único fin de mi vida es su felicidad, que depende tan sólo de mí!

GUSTAVO ¡De un engaño, de una mentira que no podrás mantener de aquí en adelante! Él sabe que me amas y no querrá admitir tu sacrificio; y si lo admite, es que no lo merece.

CASILDA Porque lo merece, yo sabré hacérselo aceptar.

GUSTAVO Y lo conseguirás, seguramente, porque es lo único que él desea y porque tú experimentas un placer en ello; pero tu abnegación y tu sacrificio, no son una virtud, son una enfermedad; una verdadera aberración. En esta vida, que es la única que hemos de vivir, no hay nada que merezca el sacrificio de nosotros mismos y de la propia felicidad.

CASILDA Tú hablas el lenguaje de tu pasión, que no piensa más que en ella misma, y yo hablo el mío. Si no costara tanto, ¿qué valor tendría la fidelidad? Toda mujer ha sido alguna vez deseada, requerida, incitada a la infidelidad; y, sin embargo..., el sentimiento más puro de nuestro corazón, va unido al recuerdo de una fidelidad: de la que meció nuestra cuna. *(Una pausa.)* ¡Adiós, Gus-

tavo!... No hagamos más dolorosa nuestra separación.

GUSTAVO ¡Es que no puedo renunciar a tí!

CASILDA Te he dicho que mi resolución es inquebrantable...

GUSTAVO Es nuestra muerte.

CASILDA No se muere nunca de dolor... Si se muriera de dolor, ¿qué hubiera sido de mí el día en que me dí cuenta de tu abandono? El dolor es como el ex-voto, que se enciende ante el altar y que, poco a poco, se consume: nos damos cuenta de que nos abandona, y, un día, a pesar nuestro, percibimos íntimamente que se ha ido... Te olvidarás de mí, amarás otra vez y sufrirás una vez más. *(Tendiéndole la mano.)* ¡Adiós!

GUSTAVO ¿No nos volveremos a ver?

CASILDA ¡Nunca!

GUSTAVO ¿Qué será de nosotros?

CASILDA Que pasará el tiempo, que envejeceremos y que moriremos...

GUSTAVO *(Besándole las manos y rompiendo a llorar.)* ¡Casilda!... ¡Casilda!

CASILDA *(Al notar el llanto, hondamente conmovida, retira las manos.)* ¡No, no! ¡Márchate, Gustavo!... ¡Márchate ahora mismo! *(Huyendo viene hacia el interior de la escena.)* ¡Adiós, para siempre! *(Gustavo se aleja presuroso por el jardín, Casilda vuelve a la terraza, donde permanece unos instantes de pie; luego las fuerzas la abandonan y cae en la butaca, presa de terrible congoja. Pausa, tras de la cual, Casilda, sollozando aún, viene al centro de la escena. De pronto, enjuga sus lágrimas, oculta el pañuelo, procura recobrar su entereza y serenidad de espíritu, y, erguida e inmóvil, aguarda. La gran lámpara del centro de la escena se enciende, y por el primer término izquierda, aparece ALBERTO. Las últimas palabras que éste dirigió a su mu-*

jer al abandonar la casa, en el acto anterior, fueron éstas: «Procede tú por tí; en cuanto a mí, yo sé muy bien lo que tengo que hacer.» Si Casilda, accediendo a los requerimientos de Gustavo, ha huído, Alberto tiene la firme resolución de morir. Ha dejado pasar unas horas y, al volver de nuevo al hogar, lleno de ansiedad, perturbado moralmente y extenuado en su naturaleza, lo hace bajo el peso abrumador de la incertidumbre. El momento es decisivo; de vida o muerte. Por eso, al reaparecer en escena, su rostro está desencajado, anda más torpemente que nunca, y presa de un temblor enfermizo. Avanza unos pasos sin percibir a Casilda. Esta le viene al encuentro llena de solicitud e interrogándole con acento completamente normal. Al verla, Alberto experimenta un estremecimiento, y con voz ahogada, exclama:)

ALBERTO ¡Casilda!

CASILDA *(Aproximándose.)* ¿Dónde has estado, Alberto?... ¿Por qué no has venido a cenar?

ALBERTO Perdona... Me han entretenido... Quería dejar algunas cosas resueltas por si mi viaje se prolonga más de lo que creo, y esos me han enredado en una discusión...

CASILDA Seguramente, para persuadirte de que no vayas a Madrid; de que no solicites la cátedra.

ALBERTO Eso dicen...

CASILDA Y tienen razón. A tí ¿qué te importa ser o no profesor de la Academia? Aunque tú digas lo contrario, no tienes ganas de moverte de aquí. Sabes que en ningún lado estaríamos mejor... Déjate de aventuras y no pienses más en eso.

ALBERTO *(Indeciso porque no sabe qué interpretación dar a las palabras de Casilda.)* Tengo ya decidido el viaje... Además, esa cátedra me conviene.

CASILDA Si crees verdaderamente que te conviene... Pero mañana, no; no te marches mañana.

ALBERTO ¿Por qué?

CASILDA Porque te encontrarías con Gustavo. *(Alberto mira fijamente a Casilda. Esta, tras de unos instantes, rompe el silencio, agregando.)* Gustavo se marcha mañana.

ALBERTO *(Desconcertado, permanece un momento inmóvil; luego, poseído de una profunda agitación, la interroga rudamente.)* Y ¿por qué se marcha? ¿Por qué ha llegado a la completa persuasión de que ha sido y de que sería inútil su insistencia, o porque se lo has rogado tú?... *(Sin dar lugar a réplica, cogiendo a Casilda por los brazos y observándola ávidamente.)* Se lo has rogado, se lo has suplicado... Aún están rojos y dilatados tus lagrimales.

CASILDA ¡Alberto!

ALBERTO *(Desesperado.)* ¡No hay solución!... ¡Nos hallamos en un verdadero laberinto!... Lo has persuadido tú; lo has persuadido tú, que le amas, y es el amor quien le ha hecho acceder a tus ruegos... ¡Se ha roto el equilibrio de nuestra vida! Hasta el instante de aparecer él aquí, pudimos vivir tan sólo de nuestra mutua estimación; ahora, esa estimación no es suficiente. Yo no puedo—¡no quiero!—aceptar tu sacrificio, tu resignación, tu piedad... Antes de llegar él, todo era posible entre nosotros; ahora no. Ahora, o todo o nada. Si el amor y la pasión de la mujer que vive a nuestro lado· si su corazón, su pensamiento y su deseo no nos pertenecen, ¿qué importa lo demás?... *(Una breve pausa.)* Te agradezco con toda mi alma este sacrificio; pero no puedo, no quiero aceptar el cumplimiento de un pretendido deber. Tu deber no puede estar más que donde esté tu amor, que es la única verdad de la vida... *(Con voz opaca, tem-*

blorosa.) Tu sacrificio nos expondría a una situación odiosa... Aparentemente, nuestra vida volvería a su cauce normal; nada habría variado. Nuestros hábitos serían los mismos, y, a la superficie, nuestro hogar se manifestaría feliz. Y, sin embargo, en lo íntimo de nuestra estimación quedaría para siempre abierto un abismo. El reconocimiento de tu superioridad moral me mortificaría horriblemente. Mi orgullo no sería capaz de perdonarte la situación de inferioridad en que me vería colocado... Viviríamos de la condescendencia, y tú misma, llegarías a sentir repugnancia de mi egoísmo, que con tal de tenerte a mi lado, sacrificaba tu juventud, tu amor, tu felicidad. Sería una lucha silenciosa, en la que una discreta corrección ocultaría pérfidamente un desvío irresistible... La buena fe, la entera confianza que presidió en cada momento nuestra unión, habría huído; viviríamos como entre sombras, y yo amo por encima de todo la plena luz, la plena libertad, porque en mi corazzón jamás se ha ocultado la doblez.

CASILDA *(Serena, tranquila.)* ¿Quién te ha dicho que nuestra buena fe se ha quebrantado?... Has padecido, padeces aún, una verdadera alucinación, Alberto. Los celos, el temor de perderme, te han arrastrado a la más peligrosa experiencia, haciéndome sufrir una prueba cruel... ¿Qué puedo hacer aún para devolver la serenidad a tu espíritu?

ALBERTO Tu inteligencia y tu buen corazón caminan a la paz y no han de faltarte ni razones ni actos para quererme persuadir... La que se tiene que convencer eres tú. Se dice que la fidelidad es una ceguera voluntaria... Arráncate la venda, abre los ojos y mirémonos frente a frente... Yo te juro que, si ahora mismo fueras tú su mujer, y, queriéndo-

te como yo te quiero, tuviera la certeza de tu amor, no habría nada capaz de detenerme: ni el engaño, ni la traición, ni acaso el crimen. Todos los medios, todos los recursos, hasta los más odiosos, me parecerían lícitos y no perdonaría ni ocasión, ni acechanza hasta poseerte... ¿Por qué se marcha él?... ¿Por qué renuncia?... ¿Por qué tú se lo has implorado, se lo has exigido?... ¡No!... Porque no te ama. Hoy, como ayer, te abandona porque no te ama... Te quiere, te desea, como puede que te deseen tantos otros, porque ninguna mujer está a salvo de inspirar un deseo, ni ningún hombre libre de una pasión. Pero, amarte... constituir tú toda su vida; serle en absoluto indispensable; faltarle tú y estar inmediatamente decidido a morir... esto, y mil cosas más, hasta el detalle más pequeño, que es lo que tú significas para mí, no le sucede a él... Amame una sola vez con toda tu alma y renaceremos de nuevo a la vida; a la vida de amor que no has vivido porque tu corazón estuvo siempre lejos de tí y el mío se ocultó retraído. intimidado por tu tibieza. Yo esperaba poderlo conquistar, hacerlo mío, enteramente mío; pero su recuerdo se interponía continuamente entre nosotros.

CASILDA Bendice, pues, la hora en que vino a libertarnos del pasado; ya no hay sombras, ni resquemores, ni reservas mentales... En un momento, me he visto alejada de tí; he recorrido el mundo, he vidido en los lugares más diversos y en ningún lado encontraba un rincón en el que pudiera sentirme tan yo misma como aquí; bajo este techo, laborando en el sosiego y en la independencia de nuestra vida; confidente de todos tus pensamientos y objeto de todas tus bondades... Entonces, he comprendido, he sen-

tido la expresión de un nuevo amor: el de nuestra pureza de conciencia.

ALBERTO Te creo, Casilda; no puedo dejar de creerte, y si mis palabras te han ofendido en algún momento, perdóname... Valía más arrostrarlo todo, hasta agotar las fuerzas en esta lucha desesperada, en que el deseo alucinante de matar no se ha separado de mí ni un instante. ¡Qué difícil es contrariar nuestros instintos, nuestro temperamento, los resabios de nuestra sangre, y salvar el abismo que abre la realidad entre nuestras convicciones, nuestros propósitos y el trance en que ella misma nos coloca!

CASILDA Pero, sin esas convicciones, sin esos propósitos, no hubiéramos hecho nuestro pensamiento y nuestra voluntad superiores a nuestros instintos y hubiéramos procedido mal. De este modo, nos hemos salvado y tenemos la dicha de mirarnos serenamente, más dueños que nunca de nuestra libertad y de nuestra vida... *(Como instintivamente, uno y otro se han tendido y se estrechan la mano: son las manos simbólicas, atributos de la Fidelidad, que aparecían esculpidos en el dintel del templo erigido por Numa.)*

TELON


10004